

El pastor y las estrellas

Escribe: EDUARDO CARRANZA.

Jamás he identificado verso y poesía. He dicho y escrito muchas veces que la poesía está más allá del verso, del poema y de las palabras, incluso. (En el silencio tiembla, a menudo, la más hermosa, misteriosa y acompañadora poesía). Porque ella es atmósfera necesaria, fatal, de la vida humana. Cuando se llama —¡y tantas veces así se llama!— amor, ilusión, ensueño, nostalgia, honor y recuerdo y esperanza... Algunas veces, maravillosamente, la poesía habita en el verso. Otras, muchísimas, no. La poesía anida, y con qué frecuencia, en la suelta y fluyente prosa. Valga el ejemplo estelar de Azorín. Y éste, que ahora toco con mi alma, de un libro impar: *El pastor y las estrellas*, escrito con la punta del corazón, con la punta del ensueño, por el poeta Eduardo Santa. (Insistiendo: yo mismo he publicado, y que se me perdone —por lo válida— la personal alusión, un libro de poesía en prosa: *Los días que ahora son sueños*). Saliendo, finalmente, a lo claro y a lo limpio, sigo pensando que, puesta de un lado toda pretensión doctrinera, es la tensión particular con que el poeta la vive y expresa lo que eleva la vivencia personal a la zona de lo que llamamos poesía. Y algo de tono, de grado, de matiz en la expresión, algo indefinible que, como una secreta circulación, subyace misteriosamente en la palabra poética. Las antedichas calidades son respirables en el radiante libro de Eduardo Santa.

* * *

Y si la palabra poética es un silencio que se vuelve tiempo, leyenda dorada o balada celeste, ternura, muerte, recuerdo, esperanza, nostalgia de un paraíso pasado o por venir, emoción terruñera, anhelo religioso, cosas rodeadas de misterio; si la palabra poética es como una melodiosa transfiguración de lo

vivido y lo soñado; si toca la esencial raíz del lenguaje como testimonio del Yo frente a la fugacidad de nuestras vidas y la fluyente realidad que las rodea; si la palabra poética, hecha añoranza elegíaca, quiere detener, inmortalizar, fijar lo que una vez, en un tiempo dado, anterior, presente o futuro, formó parte de nuestro corazón y se ha perdido o esfumado para siempre; si la palabra poética —con su breve falange de veintisiete letras— se enfrenta al tiempo y a la muerte y a lo cotidiano misterioso: aquí está en *El pastor y las estrellas*, la poesía como en sus días más límpidos y transfigurados, desde estas páginas nos miran con su eterna gracia de ojos ilusionados, puros, ensoñadores, y patéticos. En la música apenumbada de este libro, mejor dicho, de este poema, en su claridad a media voz se oye el paso de un ángel por el aire conmovido. Es un arroyo de palabras sencillas (iba a escribir un arroyo de ángeles), cotidianas, como dichas en voz baja con una luz sobre-real que las alumbraba por dentro. Como a veces el sol, ya trasmontado, en las alturas andinas, pone una dorada claridad casi mágica, irreal casi —la que llamamos el sol de los venados—, sobre las montañas lejanas en la última tarde de una ciudad lejana: la ciudad de la poesía. Playa de aquella isla bordeada de arena azul y de palmeras y azahar: la Insula de la Fantasía donde todo es posible y verdadero y prodigioso, única residencia soñada y real, casa única robinsoniana del niño y el poeta, habitada por la ternura y la leyenda. Solamente en la isla sabemos quiénes somos. Y solo el que puede decir: yo sé quién soy, es héroe y es poeta y es libre y de verdad. (Tu libro, Eduardo, es esa Isla, esa Casa de la Verdad mágica y soñada. Y su lectura me va dejando estas poéticas sensaciones, que no ideas ni conceptos. Aquí y ahora no soy un crítico literario. Soy un poeta que lee, que sueña, a otro poeta).

* * *

Somos viajeros, hombres camino de la muerte, en un mundo perecedero. Viejo cantar que tú, Eduardo, reiteras venturosamente en la hazaña de tu Abenámar! Hombre —caminante— símbolo que cruza todos los estadios de la ondulante condición humana.

(“Pobre hombre en sueños buscando a Dios entre la niebla”, según el decir machadiano. Cito de memoria).

Novalis define la poesía como nostalgia, como “el afán de estar en el hogar en todas partes”; y los cuentos, “como un sueño de aquella tierra natal que está en todas partes y en ninguna”. Y Schiller llamó a los poetas “desterrados que languidecen por su patria”. Por eso hablan tanto del caminar, del caminar sin meta ni fin, y de la flor azul que es inasequible y tiene que seguir siendo inaccesible... Pero estas son actitudes atribuibles ya no solamente a los románticos y a los poetas sino a toda el área de la genérica condición humana. Pero son los poetas y a menudo también los músicos, quienes supieron expresarlas siempre de modo más punzante y valedero.

Tu Abenámar, Eduardo, errando, alucinado, tras su lucero azul, me ha traído estas memorias. Y creo que tu libro es, en su entraña, un libro romántico. Aunque algo tenemos todos de tu Abenámar y su anhelante corazón quimérico. Todos cuantos participamos, en alguna forma, de poesía y qui jotismo.

Tu libro, Eduardo, me afirma y confirma en mi fe y en mi esperanza. Porque vuelve por el derecho de los sentimientos positivos a la palabra poética. El derecho de la bondad y la paz y el puro amor, y la ilusión y la generosidad y el sueño y el qui jotismo a encarnar —otra vez— en las palabras de nuestra lengua colombiana e hispánica. La ilusión frente a la náusea. Frente a la poesía que destruye, la poesía que promete. Y frente a la moral del éxito, la moral del honor. Y leyéndote en *El pastor y las estrellas*, he sentido de pronto, misteriosamente, que estamos al final de la tenebrosa era tecnológica, tecnocrática y económica. Y he sentido que estamos en la puerta de una Nueva Edad religiosa, mágica y poética.

Y por eso he puesto tu libro sobre mi corazón.